

JORGE COSTADOAT, S.J.

“ LA VOCACIÓN  
**JESUITA**  
EN EL  
**MUNDO DE HOY** ”

**ihs** VOCACIONESJESUITAS  
CHILE  
vocaciones.jesuitas.cl



JORGE COSTADOAT, S.J.

“ LA VOCACIÓN  
JESUITA  
EN EL  
MUNDO DE HOY ”

Autor: Jorge Costadoat SJ

Diseño: María Ignacia Cardemil

Impreso en Chile

Equipo de Vocaciones Jesuitas - Chile

[www.vocaciones.jesuitas.cl](http://www.vocaciones.jesuitas.cl)

Tercera edición, revisada, diciembre de 2015



ih̄s VOCACIONESJESUITAS  
CHILE  
[vocaciones.jesuitas.cl](http://vocaciones.jesuitas.cl)

## A UN JOVEN QUE QUISIERA SER JESUITA, YO LE DIRÍA:

Quédate en tu casa  
si esta idea te pone inquieto y nervioso.

No vengas a nosotros si es que amas  
a la Iglesia como a una madastra  
y no como a una madre;  
no vengas si piensas que con ello  
vas a hacer un favor a la Compañía de Jesús.

Ven si para ti el servicio a Cristo  
es el centro de tu vida.

Ven si tienes unas espaldas anchas  
suficientemente fuertes,  
un espíritu abierto,  
una mente razonablemente abierta  
y un corazón más grande que el mundo.

Ven si sabes ser bromista y reírte con otros  
y... en ocasiones, reírte de ti mismo.

# ÍNDICE

.....	9
.....	11
.....	13
.....	14
.....	16
.....	19
.....	21
.....	25
.....	27
.....	31
.....	33
.....	36
.....	39
.....	41
.....	42
.....	43
.....	44
.....	45

## LA VOCACIÓN JESUITA EN EL MUNDO DE HOY

Hace más de 450 años que los jesuitas procuramos lo que nuestra Iglesia llama la “salvación del mundo” ¿Qué éxito hemos tenido? Que lo digan otros, que lo diga el Señor el día de su retomo. Problemas sí hemos tenido, calumnias, destierros, supresiones, martirio. Si creemos que Jesús nos ha llamado a su Compañía, si nuestra pasión es imitarlo a él y discernir y cumplir sus deseos, no nos sorprende que nos maltraten ni nos intimida. Aunque presumidos a veces y muchas equivocados, Jesús nos reúne incesantemente para compartir con él su misma misión, nos perdona y nos convierte en trabajadores del perdón y reconciliación entre los hombres. Él tiene la iniciativa. Es imposible, pues, “vender la pomada” de la vocación religiosa jesuita. Esta depende en primer lugar de Jesucristo. Es su problema. Depende, además, de la decisión de ése que Jesús quiere para su Compañía y a quien Jesús da la fuerza, la alegría y la paz que confirman que se trata de su santa voluntad, y no de la propia imaginación.

Pero me toca a mí, como jesuita, explicar por qué no considero insensato ser lo que soy y hablar de esta posibilidad a otros para que se enteren, y no se equivoquen, en qué consiste. Contra cualquier previsión de la sensibilidad común, sé que en la Compañía de Jesús es posible ser muy feliz. Y si se fracasa, como suele ocurrir en la profesión, el matrimonio y los lugares menos pensados, en este caso los sufrimientos nos asemejan a Cristo. Nosotros hemos pedido a Dios, voluntariamente y contra la comodidad ambiental que nos ablanda, compartir la suerte del crucificado. Así soportaron nuestros hermanos las cárceles de China, por cuarenta años, diciendo la misa de memoria, sin libros, sin

hostias, sin cálices, ofreciéndola por Mao que los forzaba a traicionar al Papa. Es el Señor que escoge a su gente de acuerdo a las capacidades de cada uno. Nadie sería capaz de soportar las exigencias de este estilo de vida, menos aún en la época de la entretención como esta, sin vocación verdadera. *Escribo estas líneas para iluminar el camino a los que sí son llamados, pero también para disuadir a los engatusados, a los desorientados o a los jóvenes generosos, pero incapaces de renunciar por completo a su realización personal.* Es fácil equivocarse en las elecciones de carrera y también a propósito de la vocación religiosa. Pero no es necesario hacerlo. Mejor es atinar a la primera con la misión a la que Dios nos llama en la vida. La Compañía no necesita gente que, digámoslo así, no necesita. No ser admitido al noviciado ha sido para muchos una buena pista para encontrar su verdadero camino.

La vida del jesuita puede ser dura. A veces recibe coscachos con o sin razón de obispos o provinciales. Este juego es “sin llorar”. Esta es una guerra, y no juego de pistoleros. Pero la misión de la Compañía de Jesús no es masoquista, no busca el dolor por el dolor. El sentido de la vida de los jesuitas, la razón de ser de sus sacrificios y sufrimientos, es la salvación del mundo. En consecuencia, para hablar de la Compañía de Jesús es necesario primero describir el mundo que ella ama.

## SOÑAMOS UN MUNDO MEJOR

El amor de Jesús es una fuerza sideral que alcanza la expansión del Big-Bang, y quiere reconciliar el universo y el mundo humano, en dispersión y contracciones violentas, varias veces injustas. Las 100.000 mil millones de galaxias según unos, o 200.000 millones, según otros, las distancias infinitas, la luz y la oscuridad, el cambio incesante de la naturaleza de los seres, y cada uno de los pajaritos no son ajenos a la acción oculta del Cristo cósmico que lucha por conducir las cosas al orden más feliz imaginable. La fe cristiana no se equivoca cuando cree que hay un Padre bueno responsable de su creación, que no defraudará a sus hijos si les ha prometido una alegría que por momentos, para tantos, no se atisba.

*¿Por qué si la acción de Cristo es verdadera no se deja ver con facilidad?*

Por diversas razones e incluso opuestas, unos, enceguecidos por las luces de la ciudad, han atrofiado su capacidad de ver los astros y de ver simplemente. ¿Cómo podrán entonces seguir “su estrella”? Los encantos de la vida fácil reblandecen los sentidos ¿Cómo acertarán con el “sentido” de su vida los que han perdido toda capacidad de “sentir” en profundidad? Sin sensibilidad sensorial no hay orientación física posible; sin sensibilidad espiritual la vida no tiene sentido. *Es imposible que jóvenes adiestrados exclusivamente para el placer puedan reconocer que Dios libera del sufrimiento, sufriendo con los que sufren, sumándose a los que resisten y luchan.*

Otros, en cambio, han sido tan heridos por la vida que su capacidad de sentir se encuentra anestesiada, insensible a la posibilidad de una nueva experiencia. Su sentido de la vida está en crisis. Muchos creen que Dios es una farsa. ¿Qué significa que haya un Dios justo y consolador para un joven que sometido a las presiones del ambiente no ha encontrado posibilidades para estudiar o trabajar y se ha refugiado en la droga o la delincuencia? ¿Qué salvación puede esperar el 1 % de los más pobres del planeta cuando el 1% más rico posee el equivalente a lo que posee el 99% de la humanidad? El dolor, las justicias padecidas, son desde antiguo la causa principal del ateísmo. ¿Quién puede decir a los niños que se duermen con hambre que Dios los quiere?

Un tercer tipo de personas busca experiencias nuevas, exóticas, dolorosas o placenteras, léase sectas, sexo, drogas, alcohol, aventuras, irse a vivir al ciberespacio, pero escapa a las personas y experiencias que tiene cerca. Semejante a la peste negra de la Edad Media o al Ébola del siglo XX, la característica que asoma en el siglo XXI es la opción por la vida virtual en desmedro del prójimo de carne y hueso. Esto se pagará caro. En definitiva, nadie puede inventarse su sentido de vida. Este nos es dado por Cristo, creemos los cristianos. Para acertar y ser felices, hemos de sentir una vez más: tocar, oír, gustar, oler, observar, y discernir entre los mundos que nos reclaman cuál es el mundo al que el Señor nos llama.

## PLURALIDAD DE MUNDOS

En la vida de toda persona confluyen varios mundos: el mundo femenino y el masculino, el de los mayores y el de los menores, el de los que trabajan y el de los que son mantenidos, el de los enfermos, de los poderosos y de los mendigos, el religioso y el secular, el tradicional y el moderno. De varios mundos, todos hacemos “un mundo”, el propio. De acuerdo a este amamos, comemos, hablamos, gesticulamos de determinadas maneras y no de otras. Basta reírnos del modo de hablar de determinadas personas para excluirlos de los beneficios de nuestro clan. Porque llegamos incluso a “creer” en nuestro mundo, nos sacrificamos por él y lo defendemos hasta el absurdo. ¡Ay del que no comparta nuestras opiniones musicales! Cuesta aceptar que el nuestro y todo mundo sea relativo al de los demás, es decir, relativo al bien común.

¡Nuestros gustos, creencias y valores son estrictamente interesados! Por ellos nos hacemos un espacio en la vida, a menudo quitándoselo a los demás. Por esto y mucho más, al cristiano se le exige interrogarse: ¿Es mi mundo el mundo de Cristo u otro? ¿Cuál es mi mundo? ¿Qué mundo he construido?

Antes de imaginar cómo se constituye una imagen de mundo verdaderamente cristiano, podemos descartar algunas imágenes del mundo que impiden la justicia y la paz, pero que sin embargo nadie se libra de fomentar.

## EL MUNDO OPTIMISTA

Hay un modo de ver la totalidad de la realidad optimista y arrasador, efectivo aunque ligeramente inconsciente, para nada desinteresado. Llamémoslo mundo optimista. Es el mundo de los triunfadores en la vida. Ellos se deben a sí mismos, rebosan seguridad, acaparan el prestigio. Sus inmensos sacrificios y ahorros justifican el premio del placer con que viven. Gozan de estabilidad. Ya que tenían talento y lo aprovecharon, todo les ha resultado fácil. Es el caso de los que luego de estudiar la profesión de sus sueños, se hacen ricos con ella. La mentalidad triunfadora ve la historia humana en progreso ascendente: hoy mejor que ayer y mañana la perfección. El optimista se cree capaz de vencer todo obstáculo que se le ponga por delante. Hay científicos que incluso a la muerte le tienen los días contados.

Es evidente que el carácter optimista tiene sus conveniencias. Hace trizas el pensamiento retrógrado, siempre inútil, que jura que todo tiempo pasado fue mejor. Su talante industrial ha elevado por doquier la calidad y las expectativas de vida, también de los que una vez fueron lumpen. Pero, en el intento, el optimista hizo "vista gorda" de los que en su momento debieron sacrificarse por sus proyectos, contra la voluntad y sin recompensa. "No existe documento de cultura, dice Walter Benjamin, que no sea a la vez documento de barbarie". El éxito de la humanidad requiere el olvido de las víctimas. Los triunfadores pueden ser terribles. ¿Cuántos padres acaparan dinero para mejorar el status de la familia sin reparar en sus hijos que suspiran por una simple mirada? El optimista devuelve la crítica: culpa a los pobres del retraso en que viven, los declara flojos, feos, y parte a vivir lejos de ellos confiado en que

el Estado, garante de la libre competencia contra los débiles, vigilará su barrio con policías y alarmas. Aquí y allá, los vencedores son optimistas y los optimistas vencedores. Solo ellos tienen la fuerza, la razón y ¡el botín! ¡Dios nos libre de los universitarios que, tras terminar sus carreras, olvidan que el país hizo un tremendo esfuerzo económico para que ellos estudiaran!

El panorama que ofrece el mundo optimista es espeluznante. Su insensibilidad al drama humano agudo, profuso e inmensamente mayoritario, es una vez más condición de la utilización masiva de los frágiles y la causa de su descarte. Sin embargo, desde que el planeta Tierra ha comenzado a agotarse, este optimismo amenaza a todos -triunfadores incluidos- con la extinción completa. La desaparición de las especies, los mares convertidos en basureros, la insignificancia de los que no pueden comprar, es la evidencia ulterior de su fracaso. Fracaso que, sin embargo, el optimista jamás reconocerá.



## EL MUNDO PESIMISTA

La tragedia humana es inmensa. Al lado del mundo optimista, hemos visto, como consecuencia suya, separado o mezclado con él, subsiste el mundo pesimista, resentido, deprimente y desquiciador. Se trata del mundo de los perdedores: África postcolonial, devastada por las guerras, la explotación devastadora de la naturaleza, el hambre y el SIDA; los millones de refugiados que levantan carpas en las fronteras de los países, sin agua, sin pan, sin salud; la infinidad de niños que en casi todas las naciones ejecutan labores de hombres por jornales de llanto, en vez de asistir a una escuela; las masas frustradas por la publicidad televisiva... Aunque no todo perdedor sea pesimista, el pesimismo se nutre de la contemplación de la desgracia humana.

Unos dejan de esperar algo bueno del mundo en que viven. El pesimismo los devora, los encorva, los entierra. En el mejor de los casos, los sobrevivientes a la agresión aspiran a "otro mundo" (¡niños aspiran diluyentes!). La reencarnación, el crack, el recurso a los adivinos, el afán por comprar, son intentos torpes por extraer de la vida una compensación cualquiera. Si los dañados son mañosos, se les ve quejarse porque la sopa estaba caliente y lloriqueando cuando se les enfrió. El pesimismo, empero, tiene alcances masivos, se organiza y llega a ser modo de pensar y credo: nihilismo y religión. El anarquismo es pesimismo organizado: odia la vida porque la envidia.

Las sectas apocalípticas, transnacionales del miedo, proclaman el fin del mundo y, más de una vez, lo anticipan como un servicio a sus fieles. La buena apocalíptica urge una autoinmolación en el presente para corregir el curso de

una historia que tal como va terminará mal. La apocalíptica del pesimista, en cambio, inmola al mundo, le niega todo futuro, porque este no se rinde a su avidez de poder.

Otros devuelven el golpe: los perdedores que imitan a los vencedores en el uso del poder. Esta clase de perdedor es pesimista porque la venganza, su acción típica, es siempre un triunfo infeliz. El mal duele, pero también involucra, exige a sus víctimas salir a la caza de un culpable, cualquiera, para repetir en él los menosprecios sufridos. El empleado que no se atreve a encarar al gerente zamarrea a su mujer, esta se desahoga con sus niños y los niños pelean entre ellos. El desquite es un mal antiguo, corriente y puramente cruel. ¿Ninguno de nosotros tuvo un compañero de clases, el más lerdo e indefenso, contra el cual liberamos todo el miedo que teníamos unos de otros? Lo que ocurre en las agrupaciones menores, también sucede a nivel planetario. El marxismo, en la práctica, además de justicia, aupó una mega-revancha por más de un siglo y en todas partes a millones de expoliados por un capitalismo devastador, unas veces reciclando el odio de las masas y otras, incoándolo.

Cualquiera sea el caso, el vengativo siempre querrá hacernos creer que tiene la totalidad de la razón, que la única víctima es él, que su infinita ofensa no se repara más que eliminando al enemigo; mistifica su dolor, demoniza al adversario y cultiva la discordia.

La queja es comprensible. El desquite y la venganza pueden ser muy explicables, ¡y cuántas veces inevitables! Pero el mundo pesimista no ofrece ninguna alternativa digna.

## EL MUNDO ECLESIAL

El mundo pesimista y el mundo optimista configuran un solo mundo ajeno, triste, exasperante, un penoso residuo de la creación original. Cuando en nuestros días la economía de mercado, las redes sociales y las formidables migraciones de pueblos activan el contacto y la defensa de las más diversas culturas de la tierra, nadie puede quedarse tranquilo. La dificultad de la unidad aumenta. Pensar que la historia ha llegado a su fin con el predominio del liberalismo económico, es una ilusión grotesca. La crisis subprime hizo todavía más ricos a los ricos. La catástrofe ecológica diagnosticada por el Papa Francisco evidencia que la competencia por la Tierra nos pone en un turning point: es ahora o nunca que salvaremos nuestra casa común.

Es hoy que el cristianismo puede cambiar las cosas. Hoy, no mañana. Puede, si ante este panorama desolador surgen cristianos que como San Ignacio se preguntan: “¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué haré por Cristo?”. Sobre todo, cristianos que respondan a estas preguntas con sus vidas, más que con puras palabras. Insisto: este es un problema de Dios antes que nuestro. Pero si nosotros los seres humanos no hacemos nada no podremos luego echar la culpa a Dios. El momento es apocalíptico. ¿Habrà quien se atreva a hacerse estas preguntas u otras parecidas?

Si lo hay, hay esperanza. Hoy hay esperanza cuando una sola persona inclina su cabeza ante Dios, como la Virgen, y dice “cúmplase en mí tu palabra”.

Estos mismos mundos se conjugan en la Iglesia, aunque en su caso hay otras notas preocupantes.

Del cristianismo, en dos mil años, ha habido innumerables versiones: el judeo-cristianismo que duró unos ciento cincuenta años, el monacato, la ortodoxia y las iglesias protestantes, la religiosidad popular, los movimientos laicales y el cristianismo eclesiástico. Esta última es la versión dominante y más problemática. La Iglesia es mundana, pues todas las realidades creadas lo son. Pero lo mundano acepta dos significados: alude a una realidad secular y también a esta misma realidad en cuanto dominada por el pecado. La crisis que hoy más ruido hace en la cristiandad es la del abuso del poder de la institución eclesiástica.

La versión sacerdotal del cristianismo ha reintroducido entre los cristianos aquella separación entre lo sagrado y lo profano que, atacada por Jesús por opresiva, continúa estableciendo separaciones odiosas que limitan el amor de Dios por todos los seres humanos. Cuando Jesús echó a latigazos a los vendedores del Templo y dijo que el Templo sería destruido, desvirtuó por los siglos, en principio, la separación que el clero muchas veces pretende establecer entre Iglesia y mundo, poniendo a la Iglesia como poseedora de la verdad en un mundo equivocado; y al celibato de los curas como superior moralmente a la expresión de la sexualidad de los laicos.

Pero la Iglesia, y en particular la institución eclesiástica, son mundanas. Los escándalos sexuales del clero han puesto de manifiesto que los sacerdotes célibes pueden ser tan

## EL MUNDO DE CRISTO

perversos como los que no lo son y que nadie está exento de la problematidad de la sexualidad humana; que abusar de la investidura sagrada para aprovecharse sexualmente de alguien es vomitivo y que la institución eclesiástica ha pretendido salvar su prestigio mintiendo y encubriendo delitos que no tienen nombre.

¿Qué queda por delante? Nunca la institución eclesiástica dejará de ser mundana. Este debiera ser un tremendo aprendizaje. Y, por lo mismo, los curas hemos de ser conscientes de la posibilidad de ser los peores de todos. Antes bien, podemos enseñar a los demás porque hemos aprendido con los demás. Hasta ahora hemos creído sabérnoslas todas. Desde ahora hemos sido puestos en el pupitre del que tiene que aprender de su propia humanidad. Si no aprendemos mejor que no enseñemos.

No obstante esta crisis, y gracias a ella, estamos ad portas de un nuevo cristianismo. El Concilio Vaticano II tiró los rieles de una futura versión del cristianismo fundada en el más horizontal de los sacramentos: el bautismo. Este sacramento hace a cualquier ser humano hijo e hija de Dios, y hermano y hermana de toda la humanidad. Es a este nivel y al servicio de un cristianismo más auténtico, más alegre, más misericordioso y más jugado que el sacerdote tendrá razón de ser. De lo contrario, mejor será que desaparezca para siempre.

Los cristianos que de veras buscamos a Dios, nos cuestionamos a fondo: ¿cuál es nuestro mundo, el del Creador u otro?

Tal vez la primera idea que venga a nuestra mente sea que el mundo de Cristo es “otro”. Lo dice Jesús: “mi Reino no es de este mundo”. Amparados en estos términos, por siglos se predicó a los pobres la resignación ante las injusticias, para que mejor pusieran su esperanza en “la otra vida”. El padre Hurtado se dedicó por entero a combatir esta interpretación parcial del Evangelio. Lo que el Señor deplora no el mundo, sino el pecado que lo corrompe. Pues el mismo Jesús afirma que “Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”.

Este mismo mundo, y no un mundo de fantasía, es el mundo de Cristo. Este, que unos aprovechan sin reparar en los sufrimientos que ellos mismos causan; este, que otros nada más padecen o resisten. ¿Dónde está entonces la diferencia? La mayor de las diferencias humanas depende de la libertad, consiste en la actitud ante la vida. Entre el optimismo y el pesimismo, la diferencia que introduce Cristo es la esperanza, Jesucristo, y el cristianismo, hace suya la pena inmensa de los derrotados de todos los tiempos, ofreciéndoles una ilusión trabajosa pero alegre y cierta: una lucha por la justicia y una comunidad reconciliada por el amor.

Pero no solo a ellos, sino que, por medio de ellos, también a los “exitosos” arrepentidos de pretender ser los únicos protagonistas de la historia. El “reinado de Dios” comienza con la transformación de esta tierra nuestra y culminará

en la eternidad. Mientras tanto, esa eternidad estimula el combate que en el mundo real se traba entre la esperanza cristiana y el pesimismo y el optimismo señalados (que, aunque opuestos, expresan el fracaso humano). Todos llevamos dentro esta lucha. Nadie está excusado de tomar partido, de alguna manera, por Cristo o contra Él.

¿Cómo principia la reconstitución del mundo de Cristo? Lo que hace siglos empezó con Cristo, comienza hoy con los cristianos; reinicia con los humildes que, como María, no tienen más que a Dios. Gracias a ella el amor se hizo carne y se expuso a la dolorosa posibilidad de ser rechazado. Gracias a los cristianos nuevamente Jesús de Nazaret puede proclamar a los marginados por andrajosos, enfermos, impuros, viciosos, dementes, pendencieros y usureros, el reinado de Dios; que hay Alguien que los ama sin condiciones, que hay un perdón para los que otros han sido excluidos de por vida. ¿Puede haber algo más hermoso y feliz? A esos, hoy, los cristianos proclamamos que sus vidas no han sido vanas, que Dios los alienta a un cambio decisivo e inminente.

Pero el reinado de Dios -¡qué pronto lo olvidamos, para refugiarnos en un cristianismo marketero!- se selló con la sangre del Señor. Las meras obras de caridad no bastan; suelen ser pura expresión de egolatría. Jesús respaldó sus palabras y sus obras con su cuerpo.

¿Quién, sino los cristianos a imitación del Señor crucificado, harán entrar de otro modo la responsabilidad en una humanidad que busca el placer, pero sin comprometerse?

¿No estamos aburridos, por otra parte, de discursos morales de personajes que aún no han sido desenmascarados?

Si el crucificado, empero, no hubiera resucitado, nada de lo anterior tendría sentido. Alguien podrá pensar que no es necesaria la fe en la resurrección, que para cambiar el mundo bastaría imitar a Jesús hasta las últimas consecuencias. La objeción es antigua, parece sensata. ¿Jesús es otro Sócrates, otro Gandhi, otro Martin Luther King? En parte sí, pero hay una gran diferencia: para nosotros Jesús vive no solo cuando lo recordamos. Es Jesús y no una idea del cristianismo, tampoco su mero ejemplo, el motivo de nuestros esfuerzos. La imitación de Jesús solo es posible como un seguimiento de Cristo. Es el Espíritu del resucitado que nos hace conocer interiormente quién fue Jesús y purifica y potencia nuestra praxis para seguirlo por el camino. ¡Se dirá que estamos locos! Quizás lo estemos... Si los cristianos no creyéramos que Jesucristo ha resucitado, ni alucinaríamos un mundo mejor ni sería razonable angustiarse por él hasta la muerte.

¿Quién se ofrece? ¿Quién está dispuesto a repetir las caricias de Jesús en tanta gente adolorida, inocente o culpable? ¿Quién quisiera avivar la esperanza de los que, apaleados por la vida, bajan la guardia y se echan a morir? Entre otros, también nos ofrecemos los jesuitas. Pero, en nuestro caso, adoptamos de entrada un estilo dramático: queremos ser cristianos radicales. Si los cristianos creen que un Dios bueno guía la historia hacia un orden más hermoso y mejor, los jesuitas apostamos lo que tenemos a que ese orden es conseguible. Pero no despreciamos la vida. Nada nos

explica mejor que el tremendo amor que tenemos por las personas, por cualquier persona, buena o mala. Si los hijos de Al Qaeda se lanzaron contra las Torres Gemelas en honor de Alá, los jesuitas nos sacrificamos – más de 30 mártires en los últimos cuarenta años – para que nuestros enemigos crean que Dios es amor. Deseamos la paz del mundo al precio de la vida.

“Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo no lo podrán nunca”, dice don Quijote. Cuando hoy muchos dejan de ser idealistas, los jesuitas soñamos más que nunca lo imposible; cuando tantos ceden al cisma blanco de los que se desprenden de la Iglesia, nosotros no la dejaremos jamás. Nunca hemos seguido la moda ni nos importa. Si hoy se acostumbra ir en búsqueda del camino más corto, se nos verá marchar por el más largo. Cuando el sexo pretende ser la medida de todas las cosas, los jesuitas concentramos la libido –no sin gran esfuerzo– para amar a la humanidad como Jesús la amó.

## LA COMPAÑÍA DE JESUS

Los cristianos, en vez de maldecir la oscuridad, encienden una candela. Al quedar Beethoven sordo, en lugar de suicidarse, escribió la Novena Sinfonía. Lo mismo, Ignacio de Loyola en los inicios de su conversión quiso quitarse la vida, desesperado de no poder alcanzar a Dios por la vía de su solo empeño, la vía de la vanagloria. Pero Dios invirtió los términos de la relación: Él alcanzó a Ignacio con su amor gratuito y le hizo fundar la Compañía de Jesús. Los jesuitas, conscientes de ser nosotros mismos parte del problema, víctimas pero también causas del dolor, reivindicados por el amor de Cristo e inspirados por su Espíritu, nos lanzamos al rescate del mundo. Nuestro mundo es el mundo de Cristo. Nuestra misión consiste en proclamar a este mundo las bienaventuranzas de Jesús. Creemos en Dios, creemos en los cambios. Cambiando nosotros, cambiaremos el mundo. ¿Ingenuos? Sabemos que el enemigo es gigante, pero nos consta que es vulnerable. ¡Cuánta vida podremos recuperar si le damos batalla!

Para cambiar las cosas, cambiamos nosotros mismos. El secreto de nuestro cambio son los Ejercicios Espirituales. Ellos registran la experiencia espiritual de San Ignacio. Él los escribió como un método para liberar a la persona de todas las atracciones y apegos malsanos, de modo que pueda encontrar en el fondo de su espíritu el deseo de Dios para su vida y pueda realizarlo. Los que hacen estos Ejercicios durante el mes que duran, tras sucesivas etapas de purificación de la originalidad de su vocación, descubren cómo se inscribe esa originalidad en el cosmos, creación

## CARACTERÍSTICAS DE LA MISIÓN JESUITA

que se agradece a Dios con toda el alma y que Él nos llama a liberar de los mecanismos de opresión.

Otros nos dirán que es necesario, primero, cambiar la sociedad, las costumbres, las leyes. Es cierto que los cambios estructurales facilitan el cambio de las personas; pero que deban ser lo principal, es falso. Si queremos precavernos contra nuevos Hitler o Stalin, contra cualquiera de los tiranuelos latinoamericanos de turno; si deseamos librarnos siquiera de los matones del curso, hemos de recordar que, en primera y última instancia, importan las personas.

### *¿Qué es lo específico nuestro? ¿Cuál es nuestra misión?*

La primera intención de San Ignacio y sus primeros compañeros fue ir a Jerusalén a reconquistar esa tierra para Jesucristo, predicando el Evangelio. Pero ya que por entonces los turcos dominaban gran parte del Mediterráneo, estos primeros jesuitas decidieron que, de no ser posible atravesar el mar hasta Palestina, se pondrían a las órdenes del Papa para que los enviara a evangelizar donde él estimara más conveniente. Una vez que quedó claro que les sería imposible embarcarse para Tierra Santa, Ignacio y sus compañeros decidieron constituir un grupo estable unido por amistad y una misión común la de “servir solamente al Señor y a su Esposa la Iglesia bajo el Romano Pontífice”, intención esta que sometieron a la aprobación del Papa el año 1539.

Desde entonces, la amplitud de nuestros trabajos apostólicos es ilimitada, porque está entregada a la creatividad de Dios. Desde los comienzos dimos suma importancia a la proclamación de su Palabra. Al efecto predicamos en las calles y presentamos ponencias en las universidades y concilios. La conversación cálida y respetuosa con príncipes y picapedreros ha sido para nosotros de las artes más queridas. Acá y acullá fue necesario inventar las condiciones previas de una evangelización auténtica. Porque, de lo contrario, ¿cómo hubiésemos anunciado a las gentes y los pueblos que Jesucristo es el salvador? Tuvimos, por ende, que comunicarnos en sus lenguas. En lugares remotos del

planeta elaboramos gramáticas a idiomas nativos como el guaraní, el quechua, el aymara, dimos escritura al mapudungún de los mapuches y caracteres occidentales al idioma vietnamita. A América vinimos enviados para la defensa y promoción de los aborígenes. Luis de Valdivia, en Chile, gestionó la Guerra defensiva como una manera de reemplazar los abusos de la encomienda indígena por una convivencia pacífica con los españoles. En Paraguay, y hasta que la codicia conquistadora nos derrotó, creamos reducciones que protegieron a los nativos y propiciaron la integración cultural. Siempre surgieron desafíos nuevos. Mateo Ricci penetró hasta la corte del Emperador de la China, impresionando al soberano tanto por sus conocimientos científicos como por su dominio de la lengua y del confucianismo. Vestido de mandarín, fue el primero en imaginar la posibilidad de un cristianismo chino. De Nobili en la India, luego de acceder a las castas más altas, decidió incursionar en las castas intermedias de modo de conectar, de algún modo, a los nobles y los parias.

A los pocos años de existencia de la Compañía, requeridos por benefactores de unas y otras partes, comenzamos a fundar colegios: Messina, Roma, Coimbra, Nápoles, Lecce, Padua, Gandía, Goa... Doscientos años después estos llegarían casi a 700. En la actualidad llevamos varias universidades. Desde un comienzo quisimos llegar a todos, a los de arriba y a los de abajo, para acercarlos. Luego que San Ignacio fundó en Roma la casa Santa Marta que debía buscar un hogar a mujeres en peligro de prostituirse, hemos creado miles de casas de protección y educación de obreros y campesinos, de ancianos desvalidos, niños abandonados,

jóvenes ex convictos, drogadictos, personas enfermas mentales, vagos y mendigos. Los últimos años hemos dedicado especial atención a los refugiados y a los migrantes.

Los Ejercicios Espirituales son lo mejor que hemos compartido con la Iglesia. Dándolos, los jesuitas nos hemos situado en medio de las personas y el Dios de sus vidas, para facilitar eso personal único que el Señor tiene que decirle a cada uno. Estos retiros capacitan a las personas en la oración, la vida interior, el examen y el reconocimiento de las inclinaciones rectas y torcidas.

Queremos ser sacerdotes y hermanos buenos y humanos. Como Jesucristo. Deseamos oír largo rato a mujeres y hombres, viejos e niños, personas de cualquier condición. Queremos acompañarlos en sus penas y, en la medida de nuestro ingenio, darles una palabra de consuelo y aliento. No nos interesa “formatear” a nadie de acuerdo a un modelo rígido de santificación. Al contrario, creemos en el crecimiento personal, en otras palabras, en largos procesos de toma de conciencia de lo que humaniza o deshumaniza. En vez de jueces, somos pedagogos despiertos a cualquier progreso personal. Nuestra intención es impartir con cariño los sacramentos, celebrar la misa con espíritu integrador y acompañar gente en su búsqueda de Dios.

Desde su Congregación General de 1976, la Compañía de Jesús ha expresado sintéticamente su tarea de siempre como Servicio de la Fe y Promoción de la Justicia. Se trata de la misión original, dicha en términos actuales. Ayer y hoy, en razón de su pertenencia a la Iglesia, la Compañía de

Jesús se siente llamada por Cristo a reconciliar este mundo con Dios y consigo mismo. No pretendemos que nadie crea en Dios a la fuerza ni tampoco esperamos que de buenas a primeras los creyentes de otras religiones se conviertan a la nuestra. Sabemos que los cristianos tenemos culpas en la historia de las religiones. Pero somos lúcidos para darnos cuenta que hay ateísmos que corroen y que cualquier religión no da lo mismo. Denunciamos a la posmodernidad militante que le hace el juego a los prepotentes de moda. Nos consta que el New Age ni libera ni es nuevo. Pero estamos abiertos a todas las expresiones culturales, filosóficas y religiosas, porque en todas ellas Dios se hace presente en algún grado. Los jesuitas luchamos codo a codo con cualquier hombre o mujer que se esfuerce por alcanzar la verdad y la justicia, requisitos sin los cuales la paz universal no llegará jamás. El instinto nos dice que la recta fe en Dios se prueba allí donde, cristianos o no cristianos, toman partido por los crucificados de esta historia. El reconocimiento de Cristo crucificado en los pueblos mártires y en cada individuo que sufre, es para nosotros el check in al cristianismo.

La Compañía de Jesús asume este reto *Ad maiorem Dei gloriam*. Toda la iniciativa la tiene nuestro Padre. Vivimos por eso alertas a discernir en nosotros y en los signos de nuestro tiempo, a qué nos llama el Señor; inspirados en Jesús pobre y humilde, bajo el estandarte de su cruz, estamos prestos a ir donde “la necesidad sea mayor” y donde esperamos hacer “un bien más universal”.

## SUBORDINACIÓN A LA IGLESIA

Los jesuitas no son los primeros ni los mejores. Lo digo inmediatamente: ¿Cuál es la tentación del jesuita? En breve: la impaciencia por doblegar la realidad como solo Dios puede hacerlo. ¿Cuál es el pecado del jesuita? No sin dolor lo digo: buscar las influencias poderosas necesarias para cambiar el mundo olvidando que estos son medios, pues el único fin es el Evangelio que prevalece no sin estos recursos, pero gracias al Espíritu del Pobre crucificado, el Jesús que cautiva con su impotencia. La conciencia de nuestro pecado nos ayuda a amar a nuestra Iglesia, santa y pecadora.

En el siglo XVI, cuando la descomposición interna de la Iglesia acabó en el cisma más profundo del cristianismo occidental; en tiempos que la Reforma luterana pretendía heredar el Evangelio, desvinculándose de los pastores que remontaban sus orígenes a los apóstoles de Galilea, Ignacio de Loyola y sus compañeros se subordinaron a Pablo III (que, habiendo sido un gran Papa, no fue un dechado de virtudes). ¿Por qué? Los jesuitas quisieron ser reformadores, ¿por qué entonces no hicieron grupo aparte? ¿Por qué no se sumaron a la Reforma de Lutero? Lutero e Ignacio reclamaban para el cristiano el respeto de su subjetividad espiritual ante una institución eclesiástica agobiante, además de decadente. Y, sin embargo, siguieron caminos distintos. A diferencia de los protestantes, los primeros “compañeros de Jesús” comprendieron a fondo la humanidad de la Iglesia católica y no se escandalizaron de su labilidad. En otras palabras, supieron que no hay cristianismo sin comunidad, sin tradición, y estas requieren tanto las exhortaciones de Jesús tanto como la infinita paciencia de Cristo



con su novia la Iglesia. Los jesuitas amamos la Iglesia con el mismo amor con que Dios ama a la humanidad, dentro y fuera de ella. Al margen de la fidelidad al Papa y al pueblo cristiano, la Compañía de Jesús no tiene razón de ser. Tanta fue la devoción de Ignacio de Loyola por la Iglesia, que él y sus amigos instituyeron un voto especial e obediencia al Papa, para que este los enviara a cualquier parte del mundo a anunciar a Jesucristo. Muchas han sido las misiones recibidas. Últimamente Pablo VI dio a la Compañía una misión peculiar e importante: estudiar a fondo el fenómeno del ateísmo y diseñar una evangelización que responda a su desafío.

En años recientes en que los laicos irrumpen en la Iglesia pidiendo mayor participación y educación, la Compañía de Jesús invierte su energía a formar laicos capaces de auscultar entre tanto ruido la voz de Dios.

## NUESTRA ORGANIZACIÓN

La organización que adoptamos para cumplir esta misión es cordial, pero compleja.

Ante todo, nos consideramos un grupo de “amigos en el Señor”. No somos funcionarios ni profesionales. Somos hombres corrientes hermanados por Cristo en vista de continuar su apostolado. Mientras más dispersos nos encontremos, mientras más diversos seamos, más nos esforzamos por fortalecer los lazos de compañerismo y amistad. San Francisco Javier llevaba colgadas al cuello las cartas de su amigo Ignacio, a quien nunca más volvió a ver. Murió a las puertas de China, después de evangelizar en la India y Japón. Ignacio se enteró de su muerte dos años después. La unión entre nosotros es vital. Somos un cuerpo que se organiza en comunidades que quieren vivir el Evangelio. Pero a veces nos largamos en misiones solitarias, exploramos y experimentamos en soledad, tapados de trabajo o en momentos de ocio. Nos es imperioso ser creativos, pues así ayudamos a la Iglesia a ir más lejos. Lo fundamental es ser un cuerpo de amigos, las veces que vivimos en comunidades o cuando andamos desparramos sin vernos casi nunca.

Si el mejor modo de acertar en nuestra misión consiste en que el Papa nos envíe, de modo semejante, nada ayuda más a nuestra dispersión apostólica y a nuestra reunión por el cariño, que la obediencia al General de la Compañía y a los superiores que lo secundan. ¿Insensato? ¿No es indigno de un hombre verdadero someterse a otro hombre, sacrificarle su inteligencia y su libertad? Lo que no se entiende a la luz de la vida del Jesús obediente a su Padre hasta la cruz, seguramente parecerá repugnante. Pero nuestra obe-

diencia, aunque vertical, no es militar. Aquí los superiores consideran varias voces, principalmente la del mandado, en vista a discernir la decisión que mayor gloria dé a Dios. La iniciativa de los súbditos es fundamental. En plena guerra mundial, el provincial jesuita de Alemania ordenó al padre Rupert Mayer predicar contra el nazismo, interpretando el deseo más profundo de su subordinado, a sabiendas que lo exponía a lo peor.

También procuramos ser pobres y castos. Jesús lo fue. Vivimos de nuestro trabajo, compartimos todo lo que tenemos y damos limosnas.

Queremos, además, vivir entre los pobres. Deseamos oír las bienaventuranzas de sus bocas y bendecir a Dios con ellos. Cantamos con ellos. Resistimos con ellos contra la injusticia.

Nuestro amor preferencial por los pobres, como el de Jesús, se abre también a amar a toda persona que se nos cruce por delante. Aunque no nos crean, también amamos a los ricos y estamos dispuestos a ayudarles a pasar por “el ojo de la aguja”. Esta es nuestra castidad: amar. Renunciamos a cariños exclusivo e íntimo, renunciamos a una familia propia, para incluir a más gente a la familia de la Iglesia, a los más abandonados y a toda la Tierra. Si se rieron del celibato de Jesús, no nos importa que el nuestro no se entienda.

Estos tres votos de pobreza, castidad y obediencia, difíciles de explicar, son aún más difíciles de cumplir ¿Quién se atreve a pronunciarlos? Estos votos son una gracia de Dios.

Dios los concede como una fuerza de lucha y de independencia. Unas veces duelen, otras colman de felicidad. Esto es lo de menos: no los juramentamos ni por ascesis ni por narcisismo. Ellos nos capacitan para realizar lo que queremos. Gracias a ellos nos parecemos más a Jesús y llegamos a ser más disponibles a lo que nos pida.

## SEÑALES DE VOCACIÓN JESUITA

Esta es la vocación del jesuita en el mundo de hoy. Nadie se engañe. No hay nada que la Compañía de Jesús necesite menos que gente sin condiciones para lo que constituye su misión. La dificultad de lo que nos proponemos pide que solo sean admitidos entre nosotros personas que puedan, previsiblemente, superar las numerosas y serias pruebas a que serán sometidos. Los estudiantes jesuitas son encargados progresivamente de las mismas responsabilidades que sus mayores y son expuestos a sus mismas tensiones. A ningún aprendiz de jesuita, sin embargo, se exigirá el desarrollo de todas las aptitudes que son necesarias de un sola vez. Han de sacarse músculos.

¿Cómo chequear si Jesús llama o no a alguno como jesuita? Dado que Jesús llama libremente a unos a una cosa y a otros a otra, cada cual debe preguntarse en oración, tal como lo hizo el padre Hurtado ante el mundo concreto que le salió al paso, “qué haría Cristo en mí lugar”. En caso que el Señor incline el corazón de alguien a hacerse jesuita, todavía será necesario verificar si ese alguien no se acobarda ante los desafíos señalados, si ama a la Iglesia y le entusiasma participar en su misión evangelizadora. Para evitar equívocos y si aún se necesitasen señales más precisas, habrá que considerar lo siguiente.

No sirve para la Compañía de Jesús alguien que busca asegurarse el futuro. Es este un pésimo lugar para gente atemorizada, que ni arriesga ni tolera las innovaciones de los demás. Menos vocación tienen para este estilo de vida, hombres amargados o arrogantes incapaces de agradecer nada a nadie. La vanidad nos hace perder tiempo. Gente sin

fantasía no tendría quién le dijera lo que hay que hacer. Los que viven para dar el gusto a los abusadores o para congratularse de sus calificaciones escolares, nos harían esclavos del “qué dirán”.

Por el contrario, aquí se encontrarían a sus anchas personas que se hacen preguntas importantes: ¿soy capaz de suspender mi carrera uno o dos años para ir a servir a los pobres a un país extranjero?; ¿qué puedo hacer para que mi compañero deje las drogas?; ¿sería yo capaz de vivir un par de meses como cartonero?; ¿podría vivir con la mitad de la mesada mensual y dar la otra mitad a los más necesitados?; ¿a quién quisiera dedicarle mi vida?; ¿qué quisiera que se dijera de mí el día de mi funeral?

Aunque parezca divertido, tienen pasta de jesuitas los buscadores de tesoros, los pirquineros, los apostadores de caballos y todo tipo de aventureros. Los gozadores de la vida tienen buen pronóstico: esos que se comen dos chuletas de cerdo y duermen siesta sin cargo de conciencia. Los calvos con sentido del humor aguantarán más de lo pensado. Lectores de periódicos y auditores de noticiarios, atentos y críticos, darán pertinencia a nuestra prédica. Admiradores de la belleza, sensibles y juguetones, los amigos de Mozart, sacarán de los desesperados la sonrisa que los incorpore. Quienes sepan distinguir a un gorrión de un chincol, de un jilguero, de un chirigüe y un chercán, sabrán reconocer las voces de los ángeles y de los demonios. Serán muy bienvenidos hombres tenaces: andinistas, domadores de caballos, personas que dan su palabra y la cumplen aunque salgan perdiendo. Gente dispuesta a aprender, afrontará los largos

## NUESTRO SUEÑO MAYOR

estudios sin buscar otras compensaciones. Los deportistas destacados en juegos colectivos comprenderán de inmediato que somos un cuerpo. Amigos transparentes, leales y auténticos cumplirán de inmediato con un requisito esencial. Todo hombre capaz de amar y llorar por una bella mujer, podrá aquí hacer lo mismo por causas tan altas como esta y mayores.

Pero nada de lo anterior es indicio de vocación, si no se tratara de un hombre agradecido de Dios; un perdedor alegre y generoso; un triunfador dispuesto a dejar todas sus riquezas, sus amistades, conexiones e influencias, carrera, eventuales títulos y nominaciones, y a renunciar para siempre a los criterios mundanos, para seguir e imitar a Jesucristo, pobre y despreciado por loco.

Cualquiera sea la situación y cotejado todo lo anterior, la señal de las señales viene de adentro: cuando es Jesús el que llama, él hace sentir su voluntad inspirando en sus elegidos una paz de fondo y prolongada (aún en medio de las tormentas en la superficie). Esta paz de fondo acompaña a toda decisión bien encaminada. La turbación indica que no están dadas las condiciones de optar por nada definitivo, pues los buenos propósitos, aunque parezcan señal de vocación, pueden ser erráticos, y las mejores utopías, ser alucinaciones.

La alegría de Dios es que los hombres vivan felices. La alegría de los hombres es agradecer la vida a Dios. Una inmensa alegría caracteriza al mejor de los jesuitas. Este es un hombre que hace lo que quiere. Sí, el jesuita es alguien que, de tanto querer hacer la voluntad de Dios, vive alegre de saber que Dios lo creó para alegrar su creación. La vanidad le estorba, no tiene proyecto propio, es simplemente él, queriéndose como Dios quiso a Jesús, como su hijo y hermano de la creación.

Los jesuitas, arraigados en un mundo que ha perdido su orientación fundamental, ponemos en Cristo toda nuestra esperanza y nos estiramos al máximo, utilizando todos los medios legítimos disponibles, por hacer aparecer la alegría de Dios en la tierra y el agradecimiento de los hombres en el corazón de la Trinidad.

Si no conociésemos de primera mano, personalmente, el amor de nuestro Señor, ni creeríamos que es posible cambiar el mundo, ni apostaríamos al amor todas las cartas.

## PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.

De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas cuanto para ello le impiden.

Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados.

*San Ignacio de Loyola  
Ejercicios Espirituales*

## JESUITAS HOY

¿Qué significa ser jesuita? Reconocer que uno es pecador y, sin embargo, llamado a ser compañero de Jesús, como lo fue San Ignacio: Ignacio, que suplicaba insistentemente a la Virgen Santísima que “le pusiera con su hijo” y que vio un día al Padre mismo pedir a Jesús, que llevaba su cruz, que aceptara al peregrino en su compañía.

¿Qué significa hoy ser compañero de Jesús? Comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige.

La Compañía de Jesús reunida en su Congregación General XXXII, después de considerar el fin para que fue fundada, es decir, la mayor gloria de Dios y el servicio de los hombres, después de reconocer con arrepentimiento sus propios fallos en la defensa de la fe y la promoción de la justicia, y de preguntarse a sí misma ante Cristo crucificado, lo que ha hecho por Él, lo que está haciendo por Él y lo que va a hacer por Él, elige la participación en esa lucha como el punto focal que identifica en la actualidad lo que los jesuitas hacen y son.

*Congregación General XXXII  
Decreto 2 (n°1-3) 1974*

## DIÁLOGO Y EVANGELIO

Hecha la afirmación central de la inseparabilidad del servicio de la fe y promoción de la justicia, el decreto 4 habla de “nuestra misión de evangelizar”, especialmente por el diálogo con miembros de otras tradiciones religiosas y la atención a la cultura, indispensable para una presentación efectiva del Evangelio. El fin de nuestra misión (el servicio de la fe) y su principio integrador (la fe dirigida hacia la justicia del Reino) están así dinámicamente relacionados con la proclamación inculturada del Evangelio y el diálogo con otras tradiciones religiosas como dimensiones de la evangelización. El principio integrador extiende su influjo a estas dimensiones que, como ramas de un tronco único, forman una matriz de rasgos esenciales dentro de nuestra misión única de servicio de la fe y promoción de la justicia.

*Congregación General XXXIV  
Decreto 2 (n°15) 1995.*

## AMPLITUD DE LA MISIÓN

A la luz de nuestra tradición, podemos decir que ningún ministerio que prepare la venida del Reino o haga nacer la fe en el Evangelio cae fuera del objetivo de nuestro sacerdocio. En años recientes hemos declarado que “es propio del sacerdote, como signo y ministro de esta activa presencia del Señor, el estar presente y colaborar con todos los esfuerzos humanos que concurren a instaurar el Reino”. También hemos descrito nuestra misión como un compromiso “bajo la bandera de la cruz, en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige”. El modo de llevarlo a la práctica ha de acomodarse a los contextos en que se realiza el ministerio del jesuita: adoptará diferentes formas en los diferentes contextos, según las circunstancias. Muchos se han preguntado si este es un trabajo propio de sacerdotes de la Compañía. Respondemos que el compromiso de la Compañía en esta misión no ha respondido ni a un optimismo superficial sobre el progreso de la historia del mundo ni a un programa social específico, sino al humilde deseo de participar en la obra de Cristo, que reconcilió el mundo con Dios mediante su muerte sacerdotal. Nuestros mártires, que han muerto por su fe y su pueblo en muchas partes del mundo, hacen patente que los jesuitas vivimos bajo la bandera de la cruz. Y la cruz es un signo de que, como seguidores de Cristo; estamos dispuestos a perderlo todo: vivimos nuestra misión sacerdotal con fe en la resurrección, puesto que solo Dios resuelve los enigmas del dolor y la muerte en esta vida.

*Congregación General XXXIV*

*Decreto 6 (nº 15)*

*1995*

## NUESTRO “MODO DE PROCEDER”

Encontrar la vida divina en las profundidades de la realidad es una misión de esperanza confiada a los jesuitas. Recorreremos de nuevo el camino que tomó Ignacio. Como en su experiencia, también en la experiencia, puesto que se abre un espacio de interioridad en el que Dios actúa en nosotros, podemos ver el mundo como un lugar donde Dios actúa y que está lleno de sus llamadas y de su presencia. Así nos adentramos con Cristo, que ofrece el agua viva, en zonas del mundo áridas y sin vida. Nuestro modo de proceder es descubrir las huellas de Dios en todas partes, sabiendo que el Espíritu de Cristo está activo en todos los lugares y situaciones y en todas las actividades y mediaciones que intentan hacerle más presente en el mundo. Esta misión de intentar “sentir y gustar” la presencia y la acción de Dios en todas las personas y circunstancias del mundo nos coloca a los jesuitas en el centro de una tensión, que nos impulsa, al mismo tiempo, hacia Dios y hacia el mundo. Surgen así, para los jesuitas en misión, una serie de polaridades, típicamente ignacianas, que conjugan nuestro estar siempre enraizados firmemente en Dios y, al mismo tiempo, inmersos en el corazón del mundo.

Ser y hacer, contemplación y acción, oración y vivir proféticamente, estar totalmente unidos a Cristo y completamente insertos en el mundo con Él como un cuerpo apostólico: todas estas polaridades marcan profundamente la vida de un jesuita y expresan a la vez su esencia y sus posibilidades. Los Evangelios muestran a Jesús en relación profunda y amorosa con su Padre y, al mismo tiempo, completamente entregado a su misión en medio de los hombres y mujeres. Está continuamente en movimiento: desde Dios, para los demás. Este es también el modelo jesuita: con Cristo en misión, siempre contemplativos, siempre activos.

Esa es la gracia, y también el desafío creativo, de nuestra vida religiosa apostólica, que debe vivir esta tensión entre oración y acción, mística y servicio.

Tenemos que examinarnos críticamente para mantenernos siempre conscientes de la necesidad de vivir con fidelidad esta polaridad de oración y servicio. Y no podemos abandonar esta polaridad creativa, puesto que caracteriza la esencia de nuestras vidas como contemplativos en la acción, compañeros de Cristo enviados al mundo. En aquello que hacemos en el mundo tiene que haber siempre una transparencia de Dios. Nuestras vidas deben provocar estas preguntas: “¿quién eres tú, que haces esas cosas... y que las haces de esa manera?”. Los jesuitas deben manifestar, especialmente en el mundo contemporáneo de ruido y estímulos incesantes, un fuerte sentido de lo sagrado, inseparablemente unido a una implicación activa en el mundo. Nuestro profundo amor a Dios y nuestra pasión por su mundo deberían hacernos arder, como un fuego que enciende otros fuegos. Porque, en último término, no hay ninguna realidad que sea sólo profana para aquellos que saben cómo mirar. Debemos comunicar esta forma de mirar y ofrecer una pedagogía, inspirada por los Ejercicios Espirituales, que lleve a otros a ello, especialmente a los jóvenes. Así llegarán a mirar el mundo como San Ignacio lo hizo, a medida que su vida se desarrollaba desde lo que había comprendido en el Cardoner hasta la futura fundación de la Compañía con su misión de llevar el mensaje de Cristo hasta los confines de la tierra. Esta misión, enraizada en su experiencia, continúa hoy día.

*Congregación General XXXV*

*Decreto 2 (nº 8, 9 y 10)*

*2008*